



Ο Μητροπολίτης Μπουένος Άϊρες Ίωσήφ

HOMILIA

Domingo antes de la Navidad

“Nos alegremos y nos regocijemos, amados. Si Juan estando en el útero de su madre viendo a María venir hacia Elizabeth se regocijó, cuanto más nosotros, no contemplando solamente a María, sino al mismo Salvador nacido, es necesario que saltemos y nos regocijemos y nos maravillemos y nos sorprendamos por la magnitud de la Economía que trasciende toda mente.”¹

En este domingo reflexionamos sobre la genealogía y el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo en la carne, el cual anuncia los albores de una nueva época en el drama humano hacia la perfección. En efecto, una persona de la Santa Trinidad, el Verbo eterno del Padre, toma carne de María la virgen a fin de, asociándola a su naturaleza divina por medio de la unión hipostática, purificarla, santificarla y perfeccionarla, y así concederle al hombre la posibilidad de la deificación, es decir la posibilidad de hacerse **Dios** por gracia. Es por ello que San Atanasio clama:

“En el seno de la Virgen, se construyó un templo, es decir, su cuerpo, y lo hizo su propio instrumento, en el que había de darse a conocer y habitar; de este modo habiendo tomado un cuerpo semejante al de cualquiera de nosotros, ya que todos estaban sujetos a la corrupción de la muerte, lo entregó a la muerte por todos, ofreciéndolo al Padre con un amor sin límites; con ello, al morir en su persona todos los hombres, quedó sin vigor la ley de la corrupción que afectaba a todos, ya que agotó toda la eficacia de la muerte en el cuerpo del Señor, y así ya no le quedó fuerza alguna para ensañarse con los demás hombres, semejantes a él; con ello, también hizo de nuevo incorruptibles a los hombres, que habían caído en la corrupción, y los llamó de la muerte a la vida, consumiendo totalmente en ellos la muerte, con el cuerpo que había asumido y con el poder de su resurrección, del mismo modo que la paja es consumida por el fuego.”²

En efecto, el Verbo de Dios con su encarnación toma la naturaleza humana caída y en su muerte anula la maldición de la ley de la corrupción y de la muerte que tenía presa al género humano. Toda la creación se **regenera** conjuntamente con la raza humana. Es por ello que **la encarnación del Verbo tiene dimensiones cósmicas**. Dios toma carne, se humaniza, a fin de que el hombre y la creación se divinicen.

¹. Johannes Chrysostomus, *In Diem Natalem*, TLG Vol 49, pag 351.

². Atanasius Theologus Alexandrinus, *De Incarnatione Verbi*, TLG, 8.3, 8.4.

No era posible que la creación de Dios permaneciera limitada, aislada y subyugada en el poder de la corrupción y la muerte como consecuencia del pecado de los antepasados. ¡Dios no dejaría nunca que su creación pereciera! Consecuentemente Dios debía actuar de acuerdo al arcano y misterioso designio de su divina economía: es por ello que se encarna el Verbo de Dios, **a través** del cual, **por** Quien y **para** Quien fueron creadas todas las cosas. El mismo arquetipo creativo es el que se convierte en arquetipo redentivo y por ello necesariamente perfectivo.

La encarnación del Verbo es, pues, un rescate de la condición del hombre, y Dios paga ese rescate con la sangre de su mismo Hijo unigénito, pues

“tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que crea en Él no perezca sino tenga vida eterna.”³

Ese amor extremo que se traduce en la persona de Jesucristo en kénosis, despojo, humilde pesebre, sacrificio hasta la muerte, dolor de cruz, sepulcro solitario, es el amor al cual estamos llamados a seguir; es el parámetro de perfección por el que pende nuestra trascendencia:

“Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto”⁴

Queridos Hijos:

La Navidad es la **fiesta de la alegría** pues **“Dios está con nosotros”**. Es la alegría del alma, pues ahora tenemos la plena seguridad de que podemos trascender la muerte y la corrupción; de que el Verbo eterno se hizo uno de nosotros en la carne y compartió nuestro dolor y es nuestro abogado ante el Padre y nuestro hermano en la humanidad; de que estamos llamados a ser perfectos a través de la práctica del amor misericordioso; de que el reino del demonio y la muerte han sido vencidos por siempre; de que el dominio del Rey de reyes se ha implantado por siempre jamás en esta dimensión y hemos sido levantados hasta el cielo y constituidos herederos de la Vida después de la vida.

La Navidad, asimismo, es la **fiesta de la esperanza**,

“Porque tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: Para que el hombre al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios”⁵

³. Jn. 13, 16.

⁴. Mt. 5, 48.

⁵. Ireneus, haer., 3, 19, 1.

Y aún más,

"Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios"⁶

Esta realidad nos lleva a esperar: a esperar continuamente en Dios, pero ahora también en nosotros mismos pues, el don se convierte en elección y en responsabilidad.

Con estas breves reflexiones preparatorias para el gran evento que festejaremos en pocos días, invocamos sobre todos vosotros la Gracia del Verbo encarnado en Belén y les deseamos paz interior, alegría, regocijo espiritual, esperanza, reconciliación, exhortando a todos a que festejen estas navidades desde el espíritu y no sean una vez más una mera festividad de lo todo lo efímero de nuestra humanidad caída.

⁶. Atanasius Theologus Alexandrinus, *De Incarnatione Verbi*, TLG, 54, 3.